

¡Oh Majestad amorosa de Dios! Por el Corazon de Jesús os prometemos hacer algo grande y glorioso delante de vuestros ojos soberanos.

SECCION IX.

*María, Jesús, Dios.*

Seria tiempo perdido el demostrar aquí, cómo la práctica de Alabanza y Deseo nos serviria de poderoso auxiliar, así en el acrecentamiento de nuestro amor de Dios, como en la reparacion hecha á su divina Majestad por la falta de semejante amor en nuestros hermanos. Pero despues de haber ya llenado todo nuestro cometido, parécennos tan ruines estos nuestros servicios, que no sin razon volvemos á acudir á nuestra doctrina y ejercicio de la oblacion, con el fin de suplir nuestra pobreza. ¿Y á dónde volvemos naturalmente nuestros ojos? A María, á la Madre inmaculada de Dios, á Aquella que no solo fué concebida sin mancha de pecado, sino que ni siquiera estuvo incluida en el decreto relativo á la culpa. Jamas hubiéramos conocido á Dios tan bien como le conocemos, si no fuese por María: María refleja sobre nosotros la magnificencia de Dios, y su dignidad, segun enseña

Santo Tomas, es la más excelsa que pueda concebirse, frisando en los límites de la omnipotencia: María es un trofeo del amor divino, sobre el que han colgado las Tres Divinas Personas todos los dones y prerogativas que una simple criatura es capaz de recibir: María está adornada de piés á cabeza con la inefable hermosura de Dios, y se ha comunicado á Ella el Eterno, de una manera que no nos atrevemos á expresar con palabras: María es apellidada por la Iglesia con nombres que llegan á espantarnos; no parece sino que ha pedido prestados los títulos del Altísimo y reclamado una mancomunidad de derecho de propiedad sobre los divinos atributos: María es para nosotros, cuando hablamos de Ella—y somos invitados á hacerlo así,—objeto de expresiones que solamente parecen convenir á la Sabiduría increada y eterna del Padre: María posee, por donacion de su Hijo, los tesoros que son la herencia del Verbo encarnado: María vale más que toda la creacion, pues es la criatura más digna, y más bella, y más poderosa, y más amada de Dios; y así que, delante de los ojos del Eterno, es el *himno que á Él le conviene en Sion*: María es toda alabanza y accion de gracias: María es el reposo de la misericordiosa complacencia



del Criador, la plenitud de su bendición deliciosa, y con Ella se encuentra sumamente complacido; y hé aquí por qué la alabanza de María es un culto casi infinito, que podemos ofrecer al Rey de los siglos en rendida adoración. Antiguamente los siervos de Dios componían su *Benedicite*, eligiendo para tema de semejante canción los montes y los mares, las aves y los peces, el frío y el calor, las fuentes y los prados, los hombres y los animales; á todas estas criaturas convidaban á bendecir, alabar y ensalzar la gloria del Criador. Pero el *Benedicite* de los cristianos es María: enseñanos la Iglesia y nos convida á dar gracias á la Santísima é Individua Trinidad, con el entusiasmo de un abrasado amor y en rendida adoración, por los dones y gracias con que enriqueciera á María; concediendo indulgencias á varias de las devociones encaminadas á este objeto. Ved, pues, qué implica semejante invitación; penetrad en el espíritu de la Iglesia; acordaos, en fin, que María es el *Benedicite* de los cristianos.

¡Oh dulce alabanza de María! ¿Puede haber canción alguna que la lleve ventaja? ¡Madre querida, qué gozo no es para nosotros saber que sois una alabanza tan agradable á los ojos del Altísimo! ¡Oh cuán dulce y hermosa no es,

pues, la alabanza de la inmaculada Virgen María! ¿Puede por ventura, repito, existir otra alabanza que la exceda en suavidad y melodía? ¡Si, Madre mía, y ninguno conoce esto mejor que Vos!—«Hubo un cedro en el Líbano, hermoso en ramas y frondoso en hojas, de grande altura, y cuya copa se elevaba entre sus densos brazos. Las aguas le criaron, el abismo le encumbró, y envió sus arroyos á todos los árboles de la región; por eso se encumbró su altura sobre todos los árboles de la región, y se multiplicaron sus ramas y se alzaron sus brazos por las muchas aguas; y habiendo extendido su sombra, anidaron en sus ramas todas las aves del aire, y todas las bestias de los bosques criaron debajo de su espesura y la congregación de muchas gentes habitó á su sombra; y era muy hermoso por su grandeza y la extensión de sus ramas, porque su raíz estaba cerca de muchas aguas; no hubo cedros más elevados que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron á su copa ni plátanos que fuesen comparados con él por los ramos: ningún árbol del paraíso se asemejó á su hermosura.» (1) ¡Ved, pues, con qué dulzura habla el profeta de la Sagrada

(1) Ezequiel.—cap. XXXI.



Humanidad de Jesús! A Jesucristo, incomparablemente más que á nuestra Madre muy amada refiérense las expresiones del Padre eterno, cuando dice:—«Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.» Pero aun esto mismo es grandemente glorioso para María: la voz de Jesús es dulce como la suya, y el rostro del Hijo lleva los lineamentos de la fisonomía de la Madre. Y bien; ¿quién es capaz de encarecer la suavísima melodía de la Alabanza que la voz de Jesús entona en honra de la Majestad divina? Cantando un Ángel, solo un momento, al oído de San Francisco, creyó el siervo de Dios que habria muerto de gozo si tan deliciosa música se hubiese prolongado un instante más: ¡cuánto más melodiosa no debe, pues, ser la voz de la Humanidad de nuestro Señor dulcísimo! ¡Oh qué gozo el doblar la rodilla en silenciosa alabanza, reposando en el dulce pensamiento de aquella inefable y divina alabanza que los labios de Jesús están entonando á la mayor gloria de Dios! ¡Oh qué consolacion la nuestra al contemplar que ahora al ménos está el Altísimo recibiendo una alabanza de infinito valor por la union del Verbo con esta Sagrada Humanidad!

Pero solo los Santos son quienes pueden ha-

blar dignamente de semejantes asuntos. Oigamos, pues, á San Francisco de Sales:—«Cuando despues de haber oido todas las alabanzas que tanta variedad de criaturas rinden á porfía á su Criador, escuchamos el homenaje y la bendicion del Hijo eterno y descubrimos en semejantes alabanzas un valor y mérito infinitos, como si despertáramos de un profundo sueño, encantados con los sonidos mágicos de esta música celestial, exclamamos:—*Es la voz* del objeto soberano de mi amor la que hiere mis oídos, voz melodiosa en cuya comparacion la armonía de todas las otras no es más que un silencio melancólico. *Vedle que viene atravesando por los montes y saltando por los collados*, esto es, elevando sobre las bendiciones de todas las criaturas el homenaje que rinde á su eterno Padre; sus ojos, á los cuales nada se oculta, penetran más profundamente que los de otro cualquiera la hermosura increada é infinita del Objeto amado que desea glorificar. Oid cómo describe el libro de los Cantares las cualidades que resplandecen en el amor inmenso de Jesús:—*Vedle que está tras nuestra pared* y se viste con su Sagrada Humanidad; descúbrese por entre sus Llagas y herido Costado, *mirando y acechando* por semejantes aberturas *como por las*



*ventanas y las celosías.* No sin motivo podemos considerar el amor divino residiendo en el Corazon de nuestro Redentor, cual si fuese un soberano sentado en su trono: por la abertura del Costado ve los corazones de los hijos de los hombres, no perdiéndoles jamas de vista. Así como aquellos que miran por entre celosías, ven sin ser vistos; así el amor de este Sagrado Corazon, que bien puede llamarse el Corazon del amor divino, pues en realidad es su centro, sin cesar está observando todo cuanto pasa en el nuestro. Por lo que hace á nosotros, no vemos á Jesucristo distintamente, solo le vislumbramos; porque si le viésemos acá en la tierra como es en sí mismo, moriríamos de amor segun Él murió por el amor que nos profesara, cuyo amor le haria morir otra vez volviendo á ofrecer su vida por nosotros, si estuviese hoy todavía expuesto á la mortalidad. Si nos fuese dado oír la cancion que este Corazon Divino canta en honra del Padre, nos esforzaríamos por romper las ligaduras de la carne y remontarnos á la patria del cielo para oirla allí por toda la eternidad. Este Dios de caridad no nos priva absolutamente de semejante consolacion, pues que nos convida á unirnos á Él diciendo:—*Levántate, apresúrate á venir á mi,*

*amiga mia, paloma mia, hermosa mia:* ven á esta morada celestial donde todo respira gloria y alegría inefable, donde no se oyen más que canciones de bendicion y música deliciosa; *aquí la tortolilla* cambia sus ayes lastimeros en suaves cantares de júbilo: *ven, pues, amiga mia, hermosa mia;* contéplame á traves de mis heridas, que son las celosías por donde Yo te veo: *paloma mia, en los agujeros de la peña, ven* y mira mi Corazon á traves de la abertura de mi Costado, hecha cuando mi Casa fué tan barbaramente derribada en la Cruz: *ven, y muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, únase á la mia, y así tu voz será dulce y tu rostro hermoso.* ¡Qué trasportes de delicia no experimentaremos, cuando nuestras voces, juntándose y mezclándose con la de nuestro Salvador, participen de la infinita suavidad de aquellas alabanzas que el Hijo muy amado rinde á su eterno Padre!» (1)

¿Puede, pues, la Majestad de Dios necesitar más que esto? ¿no quedarán aquí contentas y saciadas las más fogosas aspiraciones de los arrebatos de nuestro amor? ¡No! que aun no es bastante la alabanza de la Humanidad de nuestro Señor dulcísimo, pues que todavía puede el amor hacer

---

(1) Amour de Dieu.—lib. V.—cap. XI.



una distincion: las acciones humanas de Jesús, como, por ejemplo, esta dulce alabanza, tienen ciertamente infinito valor por razon de la Persona divina, pero no son infinitas en sí mismas, y en su consecuencia, existe en la alabanza de Jesús alguna cosa inferior á la Majestad que alaba; preciso es que nos remontemos más alto todavía, hasta que lleguemos á reposar en aquella alabanza infinita, eterna y soberana que la Divinidad se tributa á sí misma. ¡Oh, Dios mio, glorificaos porque sois un Señor de tanta grandeza, que ni María, ni la misma Sagrada Humanidad de Jesús pueden alabaros como merecis serlo, y bendígoos por aquella alabanza infinita, suficiente y continua que os tributais á Vos mismo, cuya consideracion, por vuestra divina gracia, es mi mayor contentamiento en la tierra!

Preciso es que aquí tambien llamemos á un Santo para que hable por nosotros, y será el mismo San Francisco de Sales quien resumirá todo cuanto intentamos decir acerca de la Alabanza y el Deseo, de la complacencia y benevolencia:—«¿Quién es capaz de comprender los afectos de gozo y complacencia que atesora un alma cuando ve que Dios es infinitamente glorificado con aquella alabanza que Él se da á sí mismo? Pero semejante compla-

encia engendra un nuevo deseo: anhelamos glorificar á Dios por la facultad que posee de honrarse dignamente á sí mismo; deseamos que sea aniquilada toda nuestra existencia para agradecerle semejante honra; convidamos á todas las criaturas para que nos ayuden á bendecirle, por darse una gloria infinita que únicamente puede recibir de sí mismo. De esta suerte, la complacencia que el corazon experimenta viendo á Dios dignamente alabado, y el deseo incesante y siempre creciente de glorificarle, le mantiene, digámoslo así, como perplejo ó embarazado entre la complacencia y la benevolencia: continuamente está el corazon fluctuando entre estos dos afectos, penetrando sin cesar, más profundamente, en las dulzuras inagotables del amor; y reuniendo entónces todas sus fuerzas, alaba á Dios y le da gracias por ser Él solo quien puede adecuadamente glorificarse á sí mismo. Pues si bien el alma devota, en las primeras efusiones ó arrebatos ardientes de su amor aspiraba nada ménos que á ofrecer á Dios un homenaje digno de su grandeza soberana, conociendo despues que se habia engañado, declara que rehusaria el poseer la facultad de alabarle dignamente; prefiere á todos sus deseos el afecto humilde de compla-



cencia que ella adquiere al ver que Dios á quien únicamente ama, siendo digno de un homenaje infinito, debe ser infinitamente ensalzado para que reciba aquella alabanza que se merece y que Él solo, en su consecuencia, puede tributársela. Despues de semejante protestacion, el corazon, inhábil para pasar adelante, solo puede admirar, y dice con el profeta: « A Vos solo se os debe el himno en Sion. »—

*A votre divine Excellence  
On dédie dans Sion  
L'hymne d'admiration,  
Qui ne se chante qu'en silence.*

Isaias representa á los Serafines, cantando una y otra vez la misma cancion, teniendo velados con alas sus rostros y piés para significar que no pueden conocer á Dios con perfeccion ni servirle dignamente: los piés, que son los que sustentan al hombre, simbolizan las acciones y servicios; con todo, á pesar de la impotencia, que claramente conocen los hombres, siempre están moviéndose con el auxilio de dos alas, esto es, los afectos de complacencia y benevolencia les mantienen en un movimiento continuo. Pero semejante movi-

miento no va acompañado de ninguna agitacion é inquietud y compadécese admirablemente con aquella calma y amor apacible que disfrutan en Dios.

Siempre el corazon humano se encuentra agitado cuando por cualquier accidente es reprimido el movimiento que tiene y en cuya virtud está sin cesar dilatándose y contrayéndose; y nunca se halla más tranquilo, sino cuando semejante movimiento no tropieza con obstáculo ni resistencia alguna; ó en otros términos: la holgura y calma del corazon consiste en su movimiento, y hé aquí lo que acaece con el Serafin y todas aquellas criaturas que aman á Dios: su amor encuentra el descanso en el doble y continuo movimiento de la complacencia y benevolencia: por el primero, atraen y, permítasenos la expresion, contraen al Omnipotente dentro del seno limitado de su corazon: por el segundo, dilatan el corazon en su Dios; y en semejante estado, un corazon inflamado de amor, aunque perfectamente tranquilo, experimenta, sin embargo, dos clases de movimiento: desea ver y contemplar las obras maravillosas de la bondad infinita de Dios, y luego anhela rendirle un homenaje digno de su grandeza soberana, cuyo doble deseo son las dos alas que los Se-



rafinas no pueden poner en juego; con una cubren su rostro, para dar así á entender que Dios es infinito y superior al alcance de su comprension; con la otra cubren sus piés como si quisieran expresar que no pueden hacer nada digno de la grandeza y majestad del Altísimo. El amor, en su consecuencia, solamente conserva las dos alas de la complacencia y benevolencia, las cuales emplea para remontarse hasta el seno de Dios, para anegarse y engolfarse más y más profundamente en el abismo insondable de las infinitas perfecciones divinas». (1)

¡Oh Señor dulcísimo! ¿Por qué pensamos en cualquier cosa ménos en esto? ¿por qué el mundo no nos parece siempre miserable como ahora, y la vida una carga pesada y la muerte una ganancia? ¿por qué nuestro corazon corre tras otros objetos que no son el pensamiento en Dios? ¿por qué no sois nuestra única dulzura, Vos que, como ya hemos experimentado, sois la misma dulzura por excelencia? ¿por qué no sois nuestro único descanso, nuestra recreacion más querida, siendo nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Dios? ¿por qué no os apiadais de nuestro desamparo? ¿por qué no nos

---

(1) Amour de Dieu.—lib. V.—cap. XII.

tocais con vuestro fuego y nos haceis serviros por puro amor? ¡Ah, Jesús mio, razon tendríamos para quejarnos de Vos, si siendo tan amable, no nos dierais amor!